



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Oliver, Lucio
Coyuntura y poder en México hoy
Bajo el Volcán, vol. 7, núm. 11, 2007, pp. 85-91
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28671106>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

COYUNTURA Y PODER EN MÉXICO HOY

Lucio Oliver

México vive una seria crisis política institucional, producto de la falta de canales jurídico políticos transparentes y efectivos para que una parte de la sociedad, el pueblo trabajador y el pueblo excluido de derechos sociales, exprese su inconformidad frente a las políticas neoliberales y ponga un alto al agravamiento de las contradicciones sociales que esas políticas han generado.¹ La crisis aflora y se profundiza en el actual momento poselectoral por la resistencia civil masiva ante los resultados de las elecciones recientes, pero sus orígenes políticos se encuentran en las insuficiencias de la transición a la democracia en nuestro país; transición evitada, achicada, pactada y dirigida por las cúpulas del PAN y el PRI, pacto que acompañó el triunfo de Vicente Fox en el año 2000, tergiversó y subordinó al programa político del movimiento ciudadano por la democracia y transparencia electoral, y logró el apoyo de un sector del PRD.

La coyuntura del año 2006 estuvo definida por la búsqueda, de parte de las fuerzas políticas que se aglutinaron con Andrés Manuel López Obrador (AMLO), de utilizar las instituciones electorales para canalizar, con un movimiento ciudadano, una voluntad colectiva nacional popular de cambio político en pos de otro rumbo nacional; ciudadanía que se vio profundamente agraviada por las políticas de intervención del gobierno en la campaña para favorecer al candidato del PAN, de estigmatización del candidato popular –“el peligroso y desquiciado señor López”– y por el posterior fraude electoral del 2 de julio al 30 de agosto.

El movimiento zapatista –la “Otra campaña”– se equivocó en su apreciación sobre los ejes que articulaban la coyuntura. Consideró que estaba por madurar en la organización y conciencia popular la crítica a la explotación capitalista y la opresión de la gran burguesía en alianza con el reformismo burgués, y que la “Otra campaña” podía ser la expresión de ese proceso y servir como organizador y conciencia activa de la necesidad histórica. No es así. El nivel de desarrollo político y apreciación ideológico-cultural de la población trabajadora, desempleada, marginada, excluida –agraviada por el capital y por las políticas neoliberales de México– no le permite considerar ya como un crimen social la producción capitalista y el dominio del capital. No están, en ese sentido, formadas las condiciones “sociopolíticas y culturales” para proyectar en una lucha coyuntural de movimiento una voluntad anticapitalista supuestamente presente en las luchas sociales, rurales y urbanas. Existe, no obstante, la necesidad histórica de superar las actuales contradicciones, determinadas por el dominio del capital, transnacionalizado por la nueva fase histórica de la mundialización. Pero necesidad histórica no significa conciencia activa ni voluntad colectiva.² En ese sentido ha sido más acertada, en la actual coyuntura mexicana, la política de luchar por medio de las instituciones para crear una hegemonía civil popular, denunciar el sentido antipopular de las políticas neoliberales, impulsar un programa de desarrollo nacional popular, ampliar la democracia política y avanzar en la construcción de una ciudadanía politizada y participativa. Ese camino permitirá recuperar los espacios públicos y dar un paso en el empoderamiento de la población trabajadora. Lo acertado de esa posición lo demostró la masiva inclinación de la población trabajadora del campo y la ciudad –la población pobre de México– a votar por López Obrador en estas elecciones. Pero ¿qué sucede ahora, cuando la propia clase dominante despliega políticas para hacer añicos las instituciones? Esa es la situación actual.

Desde el año 2004 quedó claro que el foxismo-panismo iba a desarrollar, en connivencia con la dirección del PRI, una política de Estado para asegurar la continuidad del Estado gerencial financiero de competencia,³ la dominación política de “derecha” y el control del gobierno por los parti-

dos con programa neoliberal. Esa política queda demostrada por la secuencia de hechos conocidos: los *videoescándalos*, el desafuero del jefe de Gobierno y la ingerencia del presidente y de las secretarías del Ejecutivo, especialmente de la responsable de las políticas sociales, en la campaña electoral para presidente de la República; los arreglos *en lo oscuro* con la dirigente del sindicato de los maestros, Alba Esther Gordillo, para imponer el fraude a través del manejo de líderes sindicales en las casillas norteañas; la ingerencia del cuñado del presidente en los sistemas electrónicos de conteo de votos, y otros muchos elementos desplegados durante la campaña –los mensajes televisivos sobre el “peligro para México” del candidato de la izquierda. En la conciencia de la población quedó claro que esa campaña estatal de la derecha ensució el proceso electoral y tuvo como resultado un fraude electoral que nunca pudo negarse por parte del poder. Incluso el Tribunal Electoral reconoció los elementos de abuso de poder por parte del presidente y los empresarios sin, a su decir, tener los elementos para calificar la gravedad de su incidencia en la votación.

Es pública la negativa de un sector amplio de la sociedad para aceptar la legitimidad de los resultados electorales adversos del candidato de la Coalición por el Bien de Todos, Andrés Manuel López Obrador y sus seguidores. Así también se conoce la posterior formación de un movimiento de resistencia civil y la instalación de una Convención Nacional Democrática (CND), cuyo programa establece cinco puntos de extraordinaria importancia para seguir con la lucha social y conformar una nueva voluntad colectiva popular: combatir la pobreza y la desigualdad, defender el patrimonio de la Nación, hacer valer el derecho público a la información, rechazar el Estado patrimonialista y la corrupción, y luchar por la renovación de las instituciones. Los primeros cuatro puntos han formado parte del programa de la izquierda durante años. La novedad está, sobre todo, en el último punto del programa que establece el enlace entre el movimiento de resistencia civil ante el fraude electoral y un movimiento por un cambio pacífico institucional en México basado en la Constitución.

El programa de la CND está pensado para permitir la continuidad del movimiento social de oposición al actual dominio de la derecha y a las políticas neoliberales por medio de una política de búsqueda de una “do-

ble presidencia”, al desconocer al presidente jurídicamente electo, Felipe Calderón, y al votar en masa, por AMLO como presidente legítimo, en una asamblea de más de un millón de personas ante la Convención Nacional Democrática.⁴

¿Estamos atestiguando el nacimiento de una situación inédita de doble poder creada en México a partir de julio de 2006, y especialmente después del 16 de septiembre? Un analista de gran reconocimiento, Miguel Ángel Granados Chapa, recordó en una entrevista con la periodista Carmen Aristegui, que la negativa a reconocer al candidato ganador por parte del candidato derrotado ha sucedido varias veces en la historia reciente de México (1940, 1952). Lo nuevo que hay que considerar es que en este caso esa negativa está acompañada de un movimiento social masivo de resistencia civil y de lucha por transformar las instituciones basado en el Artículo 39 de la Constitución.

Para analizar si este caso constituye el inicio de un doble poder, cabe recordar que situaciones de doble poder se gestan pocas veces en la historia. En América Latina salta el recuerdo de dos: la creada en 1970-71 por el gobierno de Torres en Bolivia y la de 1970-73 bajo la Unidad Popular de Salvador Allende en Chile. Pero dado que esas son situaciones donde el doble poder ya existía y estaba desplegado aun cuando fuese incipiente⁵ y aquí en México se presenta confuso, conviene avocarnos a tratar de entender en qué consiste esta situación mexicana, por lo sui géneris y complejos que resultan tanto su existencia como su desenlace posible.

En primer lugar, cabe insistir que un doble poder no significa la igualdad en eficacia y extensión de la capacidad de fuerza entre los dos poderes, pero tampoco se trata sólo de un hecho simbólico. Doble poder en estricto sentido significa que en un mismo momento social existen dos fuerzas con intereses históricos distintos, con capacidad de incidir no sólo en el aparato, sino en la naturaleza del Estado, que coexisten como resultado de una situación inédita. En México aún no hay de hecho un nuevo poder ni siquiera en germen, dado que la fuerza de la CND no tiene, por el momento, intereses históricos absolutamente distintos a la fuerza de la derecha que ejerce la dominación.

Otro es el significado de la situación que vivimos. Se trata de una disputa por las instituciones y por la conservación o transformación de las mismas, entre dos fuerzas políticas opuestas. Disputa en la cual la fuerza política de adscripción popular existe como un *inusitado movimiento ciudadano de millones, por la transparencia electoral y la renovación moral de la política, pero también y sobre todo por la nueva República, la renovación institucional y por la justicia social*, que hoy encabeza López Obrador, que tiene la fuerza de las masas precarizadas de México en lucha, el apoyo del Gobierno del Distrito Federal, la simpatía de dos o tres gobiernos estatales, un sector de diputados y senadores, y cuenta con una dirección política, pero carece de fuerza material y aun de instituciones propias. Se trata de un poder alternativo institucional en germen, sí. Pero no de uno con intereses históricos distintos, sino de un poder social enmarcado en la lucha por una reforma radical de las instituciones y de las políticas. Puede, sin embargo, dar lugar a un doble poder en su desarrollo, aunque eso implicaría la existencia de otros elementos que no existen hoy.

Frente a ese movimiento de poder incipiente, existe el poder institucional reconocido y dominante, empero, en crisis política profunda. Poder sustentado por el sector todavía mayoritario de la sociedad civil, el gobierno federal, la mayoría de los gobiernos de los estados, las leyes, una mayoría de los parlamentarios, el Ejército, el Estado Mayor presidencial, la Procuraduría General, la Policía Federal Preventiva y la actual Santa Alianza Conservadora Internacional. Este poder conservador se define por la defensa de las políticas neoliberales y de las instituciones creadas y desarrolladas bajo el partido de Estado. Evidentemente se trata de dos fuerzas en lucha, disparejas, una con todos los recursos del poder, dominante, y otra con un poder incipiente. Pero la lucha entre esos dos poderes no es la de un doble poder, sino de dos fuerzas políticas que asumen al capitalismo como orden social adecuado, pero distintas en cuanto una ha hecho suyo el interés del gran capital transnacional y de la globalización neoliberal y otra propone una sociedad capitalista que permita una política internacional progresista, una acumulación interna de capital y una política social amplia en beneficio del pueblo trabajador. Es inevitable la lucha entre estos dos proyectos y no existe la posibilidad

de que la coexistencia de los mismos, en tanto fuerzas de dirección reales, se prolongue por mucho tiempo. En la perspectiva histórico política, una de esas dos fuerzas tendrá que acabar por la derrota. En un mismo Estado no puede haber dos fuerzas dirigentes con proyectos distintos. Lo que no puede eliminarse por decreto es la situación que hoy prevalece. Ha sido creada por la historia y por la crisis poselectoral, entre fuerzas políticas que defienden a un presidente legal y fuerzas que quieren impulsar un presidente legítimo. Crisis institucional que será resuelta por la capacidad que tenga una de las dos fuerzas de crecer, desarrollarse y ganar la lucha. Aquí están presentes las grandes tareas para la sociedad en movimiento que participa en la Convención Nacional Democrática.

El crecimiento y desarrollo del poder popular incipiente por la transformación de las instituciones y por otro rumbo político económico tiene grandes tareas en la lucha dentro de la ideología, la cultura y la política y puede, en su despliegue, llegar a conformar, con el proceso ascendente de la lucha popular y la generación de nuevas condiciones socioculturales y políticas, un poder anticapitalista por otra globalización y otro desarrollo nacional basado en los trabajadores y en la fuerza política organizada del pueblo trabajador. Es por esto que en el proceso de activación de la fuerza de la CND y en su debate ideológico político pueden alcanzarse dos tareas paralelas: 1) lograr que la dirección del PRD, proclive a asegurar sus puestos parlamentarios y restringirse a la lucha electoral, se mantenga consecuente en torno de las demandas de la CND, y 2) convencer de su programa a sectores populares conservadores de la sociedad civil que tienden al conformismo con la situación y expandir la fuerza histórica popular. Y, asimismo, al desarrollarse el proceso abierto por la CND se puede dar una lucha por la hegemonía civil orientada a construir un poder histórico alternativo, que abra paso a una mayoría identificada con un programa de desarrollo anticapitalista, en las condiciones y con las limitaciones en que esto puede darse en el contexto mundial actual. Por consiguiente, para la izquierda que busca una alternativa histórica es importante entender la coyuntura actual y tener conciencia activa de las condiciones de gestación de un nuevo poder en México.

13 de octubre del 2006

NOTAS

¹ Ver Lucio Oliver, "México y América Latina: la cambiante relación de fuerzas entre lo social y lo político desde una perspectiva de cambio neoliberal", en *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, núm. 19, enero-abril de 2006, pp. 305-314, Buenos Aires, Ed. CLACSO.

² Antonio Gramsci, "nota 1, Cuaderno 13", en *Cuadernos de la cárcel*, tomo V, México, Ed. Era, 1999.

³ Lucio Oliver, "Revisitando al Estado. Las especificidades del Estado en América Latina", en Lucio Oliver y Teresa Castro, *Poder y política en América Latina*, tomo 3 de *El debate Latinoamericano*, México, Ed. Siglo XXI, 2005.

⁴ Si quisiéramos remitirnos a la presencia de elementos simbólicos de una doble fuerza institucional suscitados después de las elecciones de julio como resultado del nacimiento de un movimiento de inconformidad con el recuento de votos y la validez de los resultados electorales en México, puede ser adecuado considerar los eventos sucedidos en la ceremonia del grito de la independencia de México, del 15 de septiembre y, al otro día, en el Zócalo de la ciudad de México. Por la noche del 15, el presidente en funciones, Vicente Fox, se manifestó en el pueblo de Dolores en Guanajuato, cuna de la independencia, dando vivas a las instituciones, para ratificar al presidente electo Felipe Calderón. En la misma hora, pero en otro lugar, la ciudad de México, el corazón político del país, el Jefe de Gobierno del Distrito Federal se manifestó con vivas a la soberanía popular, para aludir a la fuente originaria del poder, y dejar claro que es dicha soberanía la que lo define. El día siguiente, por la mañana, los medios transmitieron la imagen del Ejército institucional marchando con sus armas bajo la dirección del presidente Vicente Fox, dando la vuelta al centro y regresando al Palacio Nacional para evidenciar el poder institucional. Por la tarde, la imagen de López Obrador encabezando la votación de la Convención Nacional Democrática que lo eligió Presidente legítimo de México bajo la presencia activa de más de un millón de delegados.

⁵ Ver René Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina: estudio de los casos de Bolivia y Chile*, Colección Mínima, México, Ed. Siglo XXI, 1974.